

Los usos de la Historia: una reflexión sobre el agua The uses of the History: a reflection about water

Josep Fontana Lázaro
Universitat Pompeu Fabra

Fecha de recepción: 05.12.2011

Fecha de aceptación: 02.02.2012

RESUMEN

Las páginas que siguen pretenden ser una propuesta, como ejemplo, de alguna de las muchas formas en que el historiador puede aplicar su trabajo a fines socialmente útiles y con plena conciencia de que lo fundamental es combatir el modelo historiográfico que sirve de base y legitimación a las políticas neoliberales que estamos sufriendo.

Ante una población mundial en crecimiento, el miedo al hambre y el estímulo de los altos precios de los alimentos se han conjugado para llevar a gobiernos y grandes empresas especuladoras a lanzarse al control de la tierra planteando el desplazamiento sistemático de los pequeños campesinos para dedicar esa tierra a grandes explotaciones. El agua, se convierte, así, en un recurso imprescindible para regar campos, mantener los niveles de producción deseados y garantizar la viabilidad de las grandes explotaciones. En realidad, el control del agua es el elemento clave de un análisis que parece haberse centrado más en la apropiación de la tierra. El vaciado de los acuíferos está provocando grandes daños ecológicos y sociales, a los que hay que sumar los efectos derivados del uso energético del agua con sus desalojos masivos.

Detrás de estos conflictos hay todo un programa neoliberal que se asienta en una visión histórica que lo legitima sobre el modelo rostourniano del crecimiento. Pero en el texto también se subrayan las alternativas defendidas por agroecologistas, con base científica y completamente alejadas de presupuestos románticos o utópicos. En este sentido, la historia agraria europea puede cuestionar explicaciones asentadas sobre el supuesto beneficio de la privatización de tierras y usos del agua, aunque los estudios sobre estos últimos sigan resultando necesarios. Es la demostración del papel socialmente útil que el historiador puede, y debe, seguir jugando.

PALABRAS CLAVE: Historia ecológica, usos del agua, agroecología, neoliberalismo, historia útil

ABSTRACT

The next pages attempt to be a proposal, as an example, of some of the many ways in which the historians can apply their work toward socially useful goals with consciousness of what is fundamental to combat the historiographical model that serves as basis and legitimation for the neoliberal policies that we are suffering.

Considering a growing world population, the fear of starvation and the stimulus of high food prices have combined to compel governments and big speculator companies to embark upon the control of land, creating systematic displacement of small peasants to devote that land to big exploitations. Water therefore becomes an indispensable resource to irrigate fields, maintain the level of the wanted production and guarantee the viability of the big exploitations. Actually, the control of water is the key element of an analysis which seems to have focused more on the appropriation of land. The emptying of aquifers causes large ecological and social damage, as well as derivative effects of the energy use of water with its massive evictions.

Beyond those conflicts there is a whole neoliberal program that establishes a historic view and legitimizes the Rostownian model of growth. However, the text emphasizes the alternatives defended by ecologists, with scientific basis and completely apart from romantic or utopic assumptions. In this sense, the agrarian European history may question the established explanations over the supposed benefit of the privatization of lands and the uses of water, although the studies about them are still necessary. It is the demonstration of the socially useful role that the historians can and have to continue playing.

KEY WORDS: ecological history, uses of water, agroecology, neoliberalism, useful history

Los estudios de historia parecen tener un negro futuro en un tiempo de recortes indiscriminados en el campo de la educación superior. Esto es lo que afirman los dirigentes de la mayor de las organizaciones académicas que agrupan a historiadores, la *American Historical Association* (AHA), que se califica a sí misma como “la asociación profesional para todos los historiadores”¹. Es posible, en efecto, que una forma de concebir la producción de erudición académica en el campo de la historia, encerrada en sí misma y destinada al consumo de los propios miembros de la tribu, esté llegando a un punto de agotamiento. No es algo que debamos lamentar. Sí, en cambio, que haya quienes piensen que la producción de tesis doctorales sobre minucias que no importan más que a un puñado de especialistas sea el uso propio y natural del trabajo del historiador. La historia “es algo por lo que merece la pena pelear”, ha contestado a los dirigentes de la AHA Jesse Lemisch, profesor emérito del City University of New York, quien sostiene que “la historia, con su comprensión razonada de la realidad, es más importante que nunca en un tiempo en que la irracionalidad domina en la sociedad y en sus dirigentes”².

Lo que he intentado en estas páginas no es más que una propuesta, a modo de ejemplo, de alguna de las muchas formas en que el historiador puede aplicar su trabajo a fines socialmente útiles, tomando como pretexto en este caso el problema del agua; pero con plena conciencia de que lo fundamental es combatir el modelo historiográfico que sirve de base y legitimación a las políticas neoliberales que estamos sufriendo.

Acaba de anunciarse que la población humana del planeta ha llegado a los 7.000 millones de habitantes y los últimos cálculos de las Naciones Unidas apuntan a que esta cifra se habrá elevado a 9.300 millones en 2050. El problema, en un futuro inmediato, será cómo alimentar a estos 2.300 millones adicionales de hombres y mujeres, cuando los cuatro alimentos que nos proporcionan la mayor parte de la calorías que necesitamos –trigo, arroz, maíz y soja– parecen haber llegado a toques de producción, y cuando nos enfrentamos a una previsión de escasez y precios altos a largo plazo, que ha llevado a anticipar que sus

1 A. T. Grafton y J. Grossman, “No more Plan B. A very modest proposal for graduate programs in history”, en *Perspectives on History* (octubre-2011).

2 J. Lemisch, “Occupy the American Historical Association: Demand a WPA Federal Writers’ Project”, en *History News Network* (28-noviembre-2011).

consecuencias serán “motines de subsistencias, tensiones geopolíticas, inflación global y aumento del hambre entre los habitantes más pobres del planeta”³.

El miedo al hambre y el estímulo de los altos precios de los alimentos se han conjugado para llevar a gobiernos y grandes empresas especuladoras a lanzarse al arrendamiento a largo plazo, de 40 a 99 años, de tierras de cultivo en otros países, en especial en África, en el proceso de lo que se ha dado en llamar “landgrabbing”, con la esperanza de que la solución de los problemas alimentarios del planeta resida en la transformación de la agricultura africana tradicional en otra de producción comercializada en gran escala. “El continente que se ha nutrido con la ayuda alimentaria mundial debe ahora contribuir a alimentar el mundo”, ha escrito Roger Thurow⁴.

Tan sólo en el año 2009 las operaciones de compra y arriendo se extendieron en el mundo entero a unos 45 millones de hectáreas, el 75 por ciento de las cuales en África, aunque proyectos semejantes de explotación se están desarrollando en Camboya o en América Latina, con menos publicidad y con la tolerancia de los gobiernos, pero con graves consecuencias humanas: en Brasil, fondos de pensiones norteamericanos y grandes empresas internacionales de negocios agrarios han estado invirtiendo en la compra de tierras; en Perú, el gobierno subastó 235.500 hectáreas de la región costera en los últimos quince años; en Argentina, una empresa china proyecta una colonización de 320.000 has. en la provincia de Río Negro...⁵

Una de las características más graves de este proceso, desde un punto de vista social, es que en unas comunidades con una definición imprecisa de los derechos de propiedad, como suelen ser las del África al sur del Sahara, se tiende a interpretar que la tierra pertenece al estado y que los derechos del campesino se reducen a los de acceso y uso, lo que facilita su despojo cuando se decide cederlas a un inversor extranjero. Las consecuencias sociales de este acaparamiento de tierras han sido denunciadas por la organización internacional *Vía Campesina* en una reunión celebrada en noviembre de 2011 en Nyeleni (Malí), donde se afirmó que:

El acaparamiento de tierras está teniendo lugar en todas partes, haciendo que la lucha diaria por la supervivencia de las comunidades rurales se vuelva cada día más difícil. Los derechos de campesinos y campesinas, así como de pastores trashumantes, pescadores artesanales y comunidades indígenas, están siendo violados constantemente y sus territorios están cada vez más militarizados. La producción de alimentos a pequeña escala está siendo sustituida por grandes plantaciones de monocultivo para la exportación, y los productores locales se quedan sin tierra, sin trabajo y sin comida.

Unas afirmaciones que se completan con esta denuncia:

En Malí, el gobierno se ha comprometido a entregar 800 mil hectáreas de tierra a inversionistas empresariales. Se trata de tierras que han pertenecido a las comunidades durante generaciones, incluso siglos, mientras que el Estado de Malí existe sólo desde los años 1960⁶.

3 J. Gillis, “A warming planet struggles to feed itself”, en *New York Times* (4-junio-2011); S. O’Grady, “The coming hunger: Record food prices put world ‘in danger’, says UN”, en *The Independent*, (6-enero-2011).

4 R. Thurow, “The fertile continent. Africa, agriculture’s final frontier”, en *Foreign Affairs*, 89 (2010), nº 6, Special issue: “The world ahead”, pp. 102-110.

5 Hay ya una literatura extensa sobre el landgrabbing, comenzando por el informe del Banco Mundial, *Rising Global Interest in Farmland. Can It Yield Sustainable and Equitable Benefits?* (7-septiembre- 2010). Véanse, sobre todo, las noticias ofrecidas regularmente por una web dedicada especialmente a este fenómeno: *Food Crisis and the Global Land Grab* (en <http://farmlandgrab.org/>), creada por el Oakland Institute.

6 L. Cotula, “«Land grabbing» in the shadow of the law in Africa”, en la web de IIED, International Institute for

Menospreciando estos costes sociales, lo que la ortodoxia neoliberal está planteando es el desplazamiento sistemático de los pequeños campesinos para destinar la tierra a grandes explotaciones comerciales. Paul Collier, un profesor de Economía de Oxford que trabajó para el Banco Mundial, sostiene que la solución a la falta de alimentos y a la pobreza africana reside en el desarrollo de una agricultura en gran escala que haga uso de la ingeniería genética, desplazando una producción campesina gestionada por pequeños productores, que es ineficaz porque los campesinos no actúan ni como empresarios, ni como innovadores, puesto que están demasiado preocupados por asegurar su propia alimentación⁷.

La cuestión se complica cuando a la cesión de las tierras en que deben crearse estas nuevas explotaciones comerciales se le añade el problema de la disponibilidad de agua “azul”⁸, sin la cual no serían productivas. Como ha dicho un alto dirigente de Nestlé, Peter Brabeck-Letmathe, la carrera por obtener tierras es en realidad un intento de apoderarse del agua: “Con la tierra, ha dicho, viene el derecho a obtener el agua ligada a ella, lo que en la mayor parte de los países es en realidad una propina que gradualmente puede convertirse en la parte más valiosa del trato”. La atención prestada a la tierra facilita que se pase por alto esta otra apropiación, que presenta el problema crucial de no saberse si el agua está realmente disponible para los nuevos cultivos o va a ser desviada del consumo de otros usuarios⁹.

El problema principal, en efecto, no es la tierra. Mientras duraron las ilusiones engendradas por la llamada “revolución verde” se mantuvo la esperanza de que la producción de alimentos podía crecer ilimitadamente. No se tomó inicialmente en cuenta que las nuevas “variedades milagro” requerían mucha más agua para su cultivo, lo que vino a poner las cosas en su punto en cuanto empezaron a agotarse los acuíferos, sometidos a una demanda mayor para regar los nuevos cultivos, como sucedió en la India. El ejemplo más ilustrativo es seguramente el de Arabia saudí, que puso en marcha en los años ochenta un programa de incentivos para independizarse en el aprovisionamiento de alimentos, con un éxito inicial extraordinario —la producción de trigo se multiplicó por 29 entre 1980 y 1992—, hasta que topó con el problema del agotamiento de los caudales de agua del subsuelo, en cuyo uso se había basado esta expansión agraria, y empezó a hacer marcha atrás. Se recortaron los subsidios, la producción de trigo cayó de nuevo a la mitad, y se calcula que en 2016 el país dependerá por completo de la importación de cereales¹⁰.

Environment and Development (13-octubre-2011). I. Delforge, *Vía Campesina*, 17 de noviembre y declaración final de la conferencia (19-noviembre-2011).

7 P. Collier, *The Bottom Billion. Why the Poorest Countries Are Failing and What Can Be Done About It*, Nueva York, Oxford University Press, 2007; estos argumentos han sido criticados en “Four myths about smallholders”, en *Growing a Better Future. Food Justice in a Resource-Constrained World*, Oxfam (junio-1911), pp. 54-55.

8 Agua “azul” es la que procede de ríos, lagos, etc., en contraste con el agua “verde”, que es la obtenida directamente de la lluvia.

9 Véase el estudio de dos investigadores de la Universidad de Manchester, P. Woodhouse y A. S. Ganho, *Is Water the Hidden Agenda of Agricultural Land Acquisition in sub-Saharan Africa?*, reproducido por TNI (Transnational Institute) y “Africa’s great «water grab»”, en *The Guardian* (24-noviembre-2011). La revista *Water alternatives* anuncia un número dedicado a “Water grabbing?”, o sea a “la (re)apropiación de los recursos de agua”, que aparecerá en julio de 2012.

10 Sobre la “revolución verde”, E. Holt-Giménez y R. Patel, *Food Rebellions! Crisis and the Hunger for Justice*, Oxford, Pambazuka Press, 2009; “Green Revolution turned soil infertile”, en *The Hindu*, Charnai (26-septiembre-2009); R. Patel, E. Holt-Giménez y A. Shattuck, “Ending Africa’s hunger”, en *The Nation* (21-septiembre-2009). Sobre el caso de Arabia Saudí, D. Lidstone y D. George-Cosh, “Saudi food adventure needs rethink” en *The National*, Abu-Dhabi (12-diciembre-2009). Es propio de la miopía del Banco Mundial publicar estudios en que se asegura que lo que hizo fracasar la “revolución verde” en Asia fue el coste para los

Otra de las consecuencias de esta opción por nuevas variedades de semillas ha sido la renuncia a seguir cultivando variedades locales que, aunque proporcionan menos rendimientos en las condiciones de la agricultura comercializada, tienen la ventaja de estar mejor adaptadas a las condiciones locales y, por lo general, de necesitar mucha menos agua para su maduración. Variedades que en muchos casos pueden haberse perdido para el futuro, como lo muestra el impresionante balance que encontramos en los volúmenes de *Lost Crops of Africa*¹¹, donde se nos habla de la diversidad de cereales autóctonos que los europeos encontraron en estas tierras, menospreciados por ellos como alimento para el ganado, ante los mayores rendimientos que, en condiciones óptimas, producían las variedades europeas. El resultado ha sido que los africanos se alimenten en la actualidad de trigo, arroz y maíz importados, por lo menos cuando pueden pagar los precios crecientes que los granos alcanzan en el mercado internacional¹².

La demanda fundamental de agua es precisamente la que procede de su empleo en la agricultura, que representa de un 70 a un 85 por ciento del consumo global (se necesitan 3 metros cúbicos para producir un kg. de cereales y 15 metros cúbicos para producir 1 kg. de carne de ternera). La extracción de agua se ha triplicado en los últimos cincuenta años, lo que ha implicado que mengüen las capas freáticas, al no restablecerse suficientemente sus caudales. Se calcula además que la demanda para uso agrícola se duplicará antes del 2050¹³, a lo que hay que agregar el consumo industrial (se emplean 40 metros cúbicos para fabricar un automóvil), las grandes cantidades que se usan para bombearla en los pozos de petróleo con el fin de aumentar la presión y, sobre todo, para la obtención de gas natural por el procedimiento de “fractura hidráulica” o “fracking”, que está contaminando los acuíferos de donde se obtiene el agua potable¹⁴.

Ni siquiera el agua para el consumo humano está asegurada. Según cálculos de la ONU, mil millones de seres humanos no tienen hoy acceso a agua limpia, y es difícil que lo consigan en el futuro, dado que el vaciado de los acuíferos está provocando problemas de abastecimiento incluso en los países desarrollados: William deBuys pronostica que en el Oeste norteamericano se aproxima “la mayor crisis del agua de la historia de la civilización”¹⁵, al tiempo que diez grandes ciudades de los Estados Unidos, entre las que figuran Los Ángeles, Las Vegas, Houston y Atlanta, se están quedando ya sin abastecimiento suficiente¹⁶. La falta de agua limpia en los países pobres es una de las máximas preocupaciones que se reflejan en la actualidad en el *Informe sobre el Desarrollo Humano* de la Naciones Unidas, donde se afirma que es una de las diez causas más graves del desarrollo de enfermedades en el

gobiernos de subsidiar los precios de los fertilizantes, lo que condujo además a un mal uso y a la degradación del suelo (J. J. Dethier y A. Effenberger, *Agriculture and Development. A Brief Review of the Literature*, Banco Mundial, Policy Research Working Paper 5553, enero-2011, p. 13).

11 Publicados por Board on *Science and Technology for International Development*, Office of International Affairs y National Research Council.

12 E. Vallianatos, “Why is Africa falling apart?”, en *Truthout* (9-noviembre-2011).

13 Utilizo los datos del *Informe sobre Desarrollo Humano 2011* del Programa de las Naciones Unidas para el desarrollo.

14 “Shale gas in Europe and America: Fracking here, fracking there”, en *The Economist* (26-noviembre-2011), pp. 75-76.

15 W. deBuys, *A Great Aridness: Climate Change and the Future of the American Southwest*, Nueva York, Oxford University Press, 2011.

16 Más grave es aún el caso de Bangladesh, cuyos habitantes se vieron obligados a recurrir a los pozos para no depender para su consumo de las aguas contaminadas de los ríos Brahmaputra y Ganges; la construcción de pozos cada vez más hondos ha acabado provocando el mayor envenenamiento por arsénico de la historia, que se considera que puede afectar a cerca de la mitad de sus habitantes (77 de los 158 millones en total).

mundo entero. Maudhe Barlow, una experta canadiense, nos dice que en 2050, tomando en cuenta el aumento previsto de la población, se necesitará un 80 por ciento más de agua para el consumo humano: “nadie sabe de dónde saldrá”¹⁷.

Pero los problemas que suscitan una mayor preocupación política y que tienen más presencia en los medios de comunicación no son los de la agricultura o de las necesidades del consumo, sino los que derivan de los conflictos que plantea su uso para la producción de energía, que se traduce en la construcción de grandes presas.

Una construcción que tiene como primera consecuencia el desalojo de los campesinos que cultivaban las tierras anegadas. Arundathi Roy denunciaba en 1999 el caso de la India, que construyó 3.300 grandes presas desde la independencia, sin ninguna preocupación por los 40 millones de campesinos desalojados, generalmente miembros de las castas más pobres: “La gente más pobre de la India paga los niveles de vida de la más rica”, concluye.

Lo mismo sucede en África, según los estudios de Thayer Scudder, profesor emérito del Caltech, que fue comisionado de la World Commission on Dams, antes de convertirse en uno de sus más documentados críticos. Siguiendo los impulsos del Banco Mundial, nos dice, se construyen grandes presas, sin tomar en cuenta las graves consecuencias que tienen para millones de africanos que dependen de los ríos para su sostén, en especial por la pérdida de tierras arables, que ha dejado en la marginalidad a más de un 80 por ciento de los desplazados.

La gran presa Gibe III con la que el gobierno de Etiopía espera regar 150.000 hectáreas, que ha arrendado ya de antemano, se calcula que puede provocar que el nivel de agua del lago Turkana, en Kenia, que asegura la subsistencia de medio millón de habitantes, descienda ocho metros para el año 2024, aumentando su salinidad hasta convertirla en no potable. Por otra parte, la energía producida por estas grandes instalaciones se destina más a su exportación que al consumo local, como sucede con la de Cabora Bassa, en Mozambique, y como ocurrirá con la de Grand Inga, que se proyecta construir en el río Congo –será la mayor del mundo; el doble que la gigantesca de las Tres Gargantas, en China– y que producirá electricidad para África del Sur y Egipto, incluso tal vez para exportar a Europa; pero no para los congoleños¹⁸.

La competencia entre los estados por asegurarse el riego y la producción de energía se ha convertido en una fuente de conflictos. En Asia del sur la lucha por controlar el agua con nuevas presas está llevando a situaciones que pueden acabar degenerando en enfrentamientos armados. La pugna entre India y Pakistán por el control de las aguas de Cachemira ha dado lugar a que un periódico pakistaní escriba que se debe hacer ver a la India que es posible una guerra por el agua, “y que esta guerra será nuclear”. Los mismos problemas se plantean entre la India y China por el control de las aguas que fluyen desde el Tíbet, como las del Brahmaputra. El hambre de energía de la economía china está trasladando además el problema a otros países: según informaciones de *International Rivers*, fechadas en noviembre de 2011, la iniciativa china está relacionada con 289 proyectos de presas en 70 países distintos, muy especialmente en el sudeste asiático, donde se proyecta

17 “Groundwater depletion rate accelerating worldwide”, *American Geophysical Union*, release nº 10-30 (septiembre-2010); M. Khor “The global crisis of water shortage”, en *South Bulletin*, 50 (27- septiembre-2010).

18 A. Roy, *The Cost of Living*, Londres, Flamingo, 1999; K. Sharife, “Damnation for Africa’s big dams?”, en *Pambazuka News*, nº 444 (30-julio-2009); “China’s biggest bank to support Africa’s most destructive dam”, en *International Rivers* (13-mayo-2010), y muy en especial T. Scudder, “A Comparative Survey of Dam-induced Resettlement in 50 cases”, manuscrito no publicado que puede consultarse en la web del autor (<http://www.hss.caltech.edu>). “Africa’s great ‘watergrab’”, en *The Guardian* (24-noviembre-2011). M. McDermott, “World’s largest hydropower project will produce one-third of Africa’s electricity, but who will get it?”, en *Treehugger* (15-noviembre-2011).

construir 19 presas a lo largo de los 5.000 kms. del curso del Mekong, lo cual va a privar a los campesinos del limo que arrastraban tradicionalmente sus aguas y de buena parte de las especies migratorias de peces que proporcionan el 70 por ciento de las proteínas que consume la población de Camboya¹⁹.

Uno de los casos en que este potencial conflictivo aparece con más claridad es el de Israel. Se ha dicho que la coexistencia de dos estados, uno israelí y otro palestino, es inviable por razones estrictamente físicas, que tienen que ver con el agua. Israelíes y palestinos dependen del Jordán, un río que utilizan Israel, Jordania, Siria, Líbano y la zona de la Cisjordania palestina que se suele llamar la orilla occidental.

La propia fundación de Israel se basó en la apropiación del agua. Los conflictos comenzaron en 1948, cuando Israel realizó un trasvase del Jordán para regar los desiertos del Negev, lo que llevó a una disputa con Siria: el primer ministro Levy Eshkol dijo en 1962 que “el agua es la sangre de nuestras venas”, de modo que cualquier intento de disputársela sería un motivo de guerra. El problema fundamental lo definió Ben Gurión con estas palabras: “Es necesario que las fuentes de agua sobre las que depende el futuro de esta tierra no estén fuera de las fronteras de la futura patria judía”.

La guerra de 1967 le dio a Israel acceso a los recursos de agua de los altos del Golán, del mar de Galilea, de la cabecera del Jordán y de la orilla occidental, a las que no iba a renunciar. La agricultura industrial de Israel necesita no sólo el agua del Jordán, sino la subterránea de la orilla occidental. Como ha dicho Ewan Anderson: “la orilla occidental se ha convertido en una fuente indispensable de agua para Israel, y se puede decir que esta consideración es mucho más importante que los demás factores políticos y estratégicos”. De 1967 a 1982 sus aguas estuvieron controladas directamente por los militares; ahora lo están por la compañía israelí Mekorot y se encuentran integradas en la red de agua de Israel²⁰.

Parece lógico concluir que la confusa situación presente es el fruto de un modelo de crecimiento neoliberal que, pretendiendo presentarse como una fórmula segura para el progreso, ha acabado convirtiéndose en la causa de la carestía actual de los alimentos y de la incertidumbre acerca de la disponibilidad de agua potable en el futuro. Pero tal vez resulta aún más importante señalar que este modelo de crecimiento se asienta en una visión histórica que lo legitima: la de la validez universal de una visión simplista de la revolución industrial británica que Rostow definió en 1960 en *Las etapas del crecimiento económico*.

Nadie está tan preparado como el historiador para denunciar los errores y limitaciones de este modelo, y para proponer, basándose en las investigaciones de las últimas décadas, visiones alternativas que permitan diseñar programas de desarrollo más eficaces, y que no tengan los graves costos sociales del actual. En cuanto se refiere en concreto al desarrollo agrario, que es el punto a que quisiera limitarme ahora, el modelo “rostowiano” ha sido el directo inspirador de las recetas neoliberales de fomento de una agricultura comercializada, que no sólo no están resolviendo los problemas, sino que están agravando su dimensión social con el despojo de unos campesinos a los que, una vez expulsados de la tierra, no se les ofrece otro porvenir que el de la marginación, condenados a una difícil supervivencia en las “villas miseria” de las grandes ciudades²¹.

19 “Unquenchable thirst”, en *The Economist* (19-noviembre-2011), pp. 24-26; sobre las presas del Mekong, Banyan, “One dam thing after another”, en *The Economist*, (12-noviembre-2011), p. 57.

20 V. Shiva, *Water wars*, pp. 72-74; E. Weizman, *Hollow Land: Israel's Architecture of Occupation*, Londres, Verso, 2007.

21 Una visión alternativa en R. C. Allen, *Revolución en los campos: la reinterpretación de la revolución agrícola inglesa*, Zaragoza/Salamanca, Prensas Universitarias, 2004.

¿Existe una alternativa a este modelo? La defensa de la viabilidad de una agricultura campesina más humana y, a la vez, más eficaz, no es sólo, como sostienen los neoliberales, “una ilusión romántica”, sino que ha sido reivindicada por agroecologistas como Miguel Altieri o Eric Holt-Giménez, que han destacado la importancia del papel que han desempeñado los millones de pequeños cultivadores que producen la mayoría de las cosechas básicas para alimentar a las poblaciones rural y urbana del planeta.

Según Miguel Altieri, “mientras el 91 por ciento de los 1.500 millones de hectáreas de tierra agrícola se dedican a cosechas de exportación, biocombustibles y soja transgénica para alimentar al ganado, millones de pequeños campesinos en el Sur global producen todavía la mayor parte de las cosechas necesarias para alimentar a las poblaciones rurales y urbanas del planeta”. En América Latina, por ejemplo, 17 millones de explotaciones campesinas, que sólo ocupan en total un 34’5 por ciento de la superficie cultivada, producen el 51 por ciento del maíz, el 77 por ciento de las judías y el 61 por ciento de las patatas para consumo doméstico. Un pequeño aumento de los rendimientos de estas explotaciones tendría efectos mucho más importantes para su entorno local y regional que los dudosos progresos futuros que prometen las grandes explotaciones comerciales²².

Estos argumentos se desarrollan con amplia información y una mayor amplitud en los trabajos de Eric Holt-Giménez o de Marc Dufumier, quien sostiene que la resolución de los problemas de la agricultura africana requiere, aparte de la adopción de métodos de cultivo agroecológicos, medidas de orden político y social, como “una redistribución igualitaria de las tierras que permita la creación de explotaciones agrícolas de talla media en que los campesinos trabajarían directamente sus tierras, con el interés de movilizar del mejor modo posible la fuerza de trabajo familiar para aumentar la producción”²³.

En diciembre de 2010, el informe de Olivier De Schutter a las Naciones Unidas sobre el “derecho a la alimentación” concluía que:

Basándome en una extensa revisión de la literatura científica publicada en los últimos cinco años, el Informador Especial identifica la agroecología como un método de desarrollo agrícola que no sólo muestra sólidas conexiones conceptuales con el derecho a la alimentación, sino que muestra resultados verificables de un rápido progreso en la concreción de este derecho humano para muchos países y entornos²⁴.

Está claro, pues, que frente a las opciones neocoloniales de los Collier y compañía, contamos con alternativas que se apoyan en una sólida base científica y que no tienen nada que ver con utopías románticas o primitivistas.

Vivimos en un tiempo en que el Nobel de Economía consagró la obra de Elinor Ostrom, que, como se ha dicho, ha transformado la visión pesimista de la “tragedia de los comunes” de Herrin en la optimista de “la oportunidad de los comunes”, contradiciendo la lógica de la ortodoxia neoliberal²⁵. La historia agraria europea ha abandonado los planteamientos

22 M. A. Altieri, “Small farms as a planetary ecological asset: Five key reasons why we should support the revitalization of small farms in the Global South”, en *Food First*, (9-mayo-2008).

23 En especial en el libro de E. Holt-Giménez y R. Patel, *Food Rebellions! Crisis and the Hunger for Justice*, Oxford, Pambazuka Press, 2009 o en su publicación, en colaboración con A. Shattuck, *Smallholder solutions to hunger, poverty and climate change*, Oakland, Food First, 2009. En el caso de M. Dufumier se puede encontrar en la Red su trabajo *Agriculturas africanas y mercado mundial*, traducido por la Universidad Politécnica de Valencia.

24 O. De Schutter, *Report submitted by the Special Rapporteur on the right to food*, Naciones Unidas, 20 de diciembre de 2010.

25 E. Ostrom, *Governing the commons. The evolution of institutions for collective action*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990. A la vez que se ha demostrado que las afirmaciones de Herrin carecían de

esquemáticos que mostraban la destrucción de “los comunes”, según el modelo británico, como una fórmula de progreso universalmente válida, y le ha añadido, además, la consideración de los diferentes resultados que la “revolución agrícola” produjo en contextos diversos, de acuerdo con los principios de la “path dependence”. Mientras, por poner un ejemplo, favoreció en Gran Bretaña el auge de una economía agrícola comercializada, desarrollada en grandes explotaciones, en Francia consolidó la pequeña explotación campesina. Una diferencia que corresponde al éxito en Gran Bretaña de lo que Allen ha llamado la revolución agrícola de los terratenientes y, por el contrario, en Francia, al peso político que la revolución dio a los campesinos, que consiguieron evitar que triunfara allí otra revolución de los terratenientes, que se estaba incubando en el siglo XVIII.

La divergencia más importante entre estos dos modelos, el británico y el francés, es la que se refleja en la diferencia de los niveles de vida de los campesinos y de las capas populares de ambos países. Mientras en Gran Bretaña la disminución de la estatura media en la primera mitad del siglo XIX delata que hubo un empeoramiento de los niveles de vida que condujo a la miseria de los trabajadores urbanos –durante los “hungry forties” que Engels conoció en Manchester–, en Francia el reparto más equitativo de la propiedad está asociado al mantenimiento de los niveles de vida que se refleja en los valores estables de la estatura²⁶.

En el caso del agua los planteamientos privatizadores que nos ofrece en la actualidad el recetario neoliberal resultan especialmente alarmantes. Sólo la ignorancia de lo que en el pasado reciente ha significado la privatización permite entender que se aborde el problema con tanta despreocupación. Como dice Vandana Shiva, la pérdida gradual de los derechos comunitarios sobre el agua en las última décadas ha provocado el empobrecimiento de una gran parte del mundo, donde muchos conflictos que se nos presentan como de origen étnico o religioso tienen en realidad en su trasfondo la lucha por el agua²⁷.

El intento de controlar el agua para hacer negocio no es nuevo. Maude Barlow y Tony Clarke denunciaron hace pocos años los proyectos especulativos que fraguaron empresas como Suez, Vivendi (llamada después Veolia), Saur (del grupo Bouygues) o Enron, y llamaron la atención ante la perspectiva de que en un futuro próximo se pudiera formar un cártel en que empresas e instituciones públicas colaborasen en la explotación de este gran negocio²⁸.

Los primeros intentos realizados en África, aprovechando que las medidas de ajuste impuestas por el Fondo Monetario Internacional habían forzado a los gobiernos a abandonar el gasto en el mantenimiento del agua pública, tuvieron un éxito limitado²⁹. Pero lo que se anunciaba entonces como una amenaza a medio plazo está en camino de convertirse en realidad en el presente ante la iniciativa del Banco Mundial, a través de su filial International

base histórica, como lo demuestra el hecho de que formas de explotación sujetas a reglas comunes pudieron desarrollarse con éxito en el pasado. Véase, por ejemplo, T. de Moor, “Avoiding tragedies: a Flemish common and its commoners under the pressure of social and economic change during the eighteenth century”, en *Economic History Review*, 62 (2009), nº 1, pp. 1-22.

26 R. C. Allen y otros (eds.), *Living Standards in the Past. New Perspectives on Well-being in Asia and Europe*, Oxford, Oxford University Press, 2005; R. Floud y otros, *The Changing Body. Health, Nutrition, and Human Development in the Western World since 1700*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011.

27 V. Shiva, *Water wars. Privatization, pollution and profit*, Londres, Pluto Press, 2002, pp. 107-108 y 114-115.

28 M. Barlow y T. Clark, *Oro Azul. Las multinacionales y el robo organizado de agua en el mundo*, Barcelona, Paidós, 2004.

29 J. Cambon, “Africa, access to water and privatisation. Why proclame access to water a fundamental human right”, en *Pambazuka News*, nº 553 (7-junio-2011).

Finance Corporation, de asociarse a empresas como Coca-Cola, Nestlé, Barilla o Veolia en el *2030 Water Resources Group*, con un proyecto que ha sido denunciado como un intento de potenciar el crecimiento de un negocio que proporciona ya beneficios anuales de 465.000 millones de dólares³⁰.

Sorprende, por otra parte, que iniciativas de este tipo se tomen sin parar atención en el hecho de que están en abierta contradicción con la declaración formulada el 28 de julio de 2010 por la Asamblea general de las Naciones Unidas que estableció el *Derecho humano al agua y al saneamiento*, donde se proclama “el acceso al agua potable como un derecho humano básico” y se urge a “garantizar que los casi 900 millones de personas que carecen del líquido vital puedan ejercer ese derecho”. En contradicción además, y sobre todo, con los planteamientos del *Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo*, que recomienda el apoyo a “la gestión comunitaria de los recursos naturales como alternativa al control centralizado, especialmente en lugares donde las comunidades dependen de los ecosistemas y recursos locales para subsistir”³¹.

Parece como si las instituciones internacionales se dedicasen por una parte a producir retórica humanitaria para tranquilizar al público, mientras, por otra, utilizan sus recursos para financiar proyectos que la contradicen.

Si en lo referente a la agricultura hemos visto que las soluciones del modelo económico liberal resultan discutibles, en lo que toca al agua, un tema que ha suscitado mucha menos atención que la apropiación de tierra cultivable, el problema es posiblemente la falta de estudios históricos que permitan formular alternativas. La historia agraria europea, desarrollada a partir de modelos de estudio realizados en Gran Bretaña, Francia y Holanda, se ha ocupado poco del agua, que no era un tema acuciante en climas húmedos, salvo en lo que se refiere a su uso para mover los molinos³². Basta con ver el primer volumen, y hasta ahora único publicado, de una ambiciosa historia agraria del noroeste de Europa “entre el año 500 y el 2000”³³ para comprobar que el agua apenas aparece en los estudios que reúne.

En abierto contraste con esta tradición del norte, la investigación histórica española sobre las cuencas mediterráneas, en las que se han planteado secularmente problemas y conflictos acerca de la administración de un recurso escaso y falible, ha permitido desarrollar un rico campo de estudios encaminados a “situar el agua dentro del conjunto de las relaciones sociales”³⁴.

El conocimiento de la compleja evolución de las reglas que han asegurado el control del agua en las huertas de Valencia, Murcia y Granada, que fueron estudiadas en el pasado por ingenieros y agrónomos que buscaban soluciones para la India o Argelia, puede ofrecernos, sin duda, perspectivas para evaluar las posibilidades de métodos de control comunitario en otros lugares del mundo. Contamos para ello con los viejos estudios sobre el derecho consuetudinario de Joaquín Costa, de Rafael Altamira o de Victorino Santamaría, y con las

30 2030 Water Resources Group, *Charting Our Water Future*, 2009; World Economic Forum, “The water resources groupe phase 2”.

31 *Informe sobre Desarrollo Humano 2011*, p. 96.

32 M. Bloch, “Avènement et conquêtes du moulin à eau”, en *Mélanges historiques*, París, CNRS, 2011, pp. 800-821.

33 *Rural Economy and Society in North-Western Europe, 500-200*, J. P. van Babel y R. W. Hoyle (eds.), *Social Relations, Property and Power*, Turnhout, Brepols, 2010.

34 Utilizo esta frase de la introducción al volumen *Agua y modo de producción*, Barcelona, Crítica, 1990, para rendir homenaje a María Teresa Pérez Picazo y Guy Lemeunier, que coordinaron este volumen y fueron pioneros en este campo de estudio.

investigaciones más recientes de Samuel Garrido, Armando Alberola, Guy Lemeunier, Carlos Barciela, Joaquín Melgarejo o Guillermo Pérez Sarrión, entre otros. Mientras los problemas que ha planteado la privatización del agua han sido estudiados por Jordi Maluquer respecto de Cataluña y por Antonio Macías, en relación con el complejo caso de Canarias, donde ha dado lugar a un fenómeno social tan característico como es el de los “aguatenientes”.

Partiendo de la experiencia de unas sociedades que vivieron los problemas que generaba la lucha por la disponibilidad del agua, los historiadores del sur podemos ofrecer perspectivas más útiles para enfrentar las necesidades actuales de un mundo sediento que las que proceden de los modelos simplificadores de la revolución agrícola británica, que sirven de base y legitimación a los grandes programas de despojo de la tierra y del agua de los campesinos: unos modelos que hasta ahora han conducido a la marginación social de los desplazados y a una especulación con los precios de los alimentos que está agravando el problema del hambre en el mundo.

El papel que el historiador puede desempeñar ayudando a clarificar cuestiones como éstas es una prueba no sólo de la vigencia de su oficio, sino de la necesidad de mantenerse plenamente activo en un tiempo en que, para decirlo con las palabras de Jesse Lemisch que he citado al comienzo, “la irracionalidad domina en la sociedad y en sus dirigentes”.